

HOMILÍA MISA CRISMAL

Martes Santo, 30 de Marzo de 2010

Muy querido Hermano Ramón, me alegra de una manera especial subrayar que participas hoy con los Hermanos Sacerdotes y conmigo, a quien ha correspondido continuar tu tarea en esta Iglesia de Canarias, porque tu presencia significa que sigues recuperando paso a paso el vigor de tu salud y te alegras de compartir con todos estos momentos trascendentes. Sí, son importantes estos momentos, queridos Sacerdotes y Seminaristas; queridos Consagrados y Laicos, porque constituyen una manifestación muy especial de nuestro sentido eclesial y de nuestra comunión. Como miembros de un único Presbiterio, y como hijos de una misma familia diocesana, compartimos hoy la escucha de la Palabra, y la mesa sacrificial de la Eucaristía. Aquí somos conformados a Cristo, el Ungido por el Espíritu de santidad, de fortaleza y de alegría. Y lo hacemos para consagrar y bendecir el Crisma y los Oleos que, como instrumentos materiales, vivificarán con la acción del Espíritu de Dios toda la acción sacramental de nuestra Iglesia.

Necesitamos el ánimo, el aliento del Espíritu que vigorice nuestros cansancios y fortalezca nuestros agobios e indecisiones, y necesitamos el calor de la comunidad que ahora hacemos presente para no sentirnos nunca solos. La Iglesia no vive hoy momentos eufóricos y felices, está forzada continuamente a demostrar que está viva internamente, y que al mismo tiempo es portadora de una fuerza que sigue sirviendo para el bien de la sociedad en la que vivimos. Hay mucha gente que no cree en la vitalidad de nuestra Iglesia, que la está dando por declinante y cercana a su fin. Y hay gentes que han perdido la confianza en nosotros y se alejan, a veces con dolor y otras veces con vergüenza. Constantemente se nos juzga como equivocados, y se nos señala como perjudiciales y dañinos. Y se proyecta sobre el conjunto de los pastores y el conjunto de la comunidad toda el peso de la culpa y el horror de las faltas de unos cuantos, dejándonos bajo el signo de la sospecha.

La cuestión no es sólo de reconocimiento de las faltas. Tendremos que hacerlo, y no limitarnos a decir que somos perseguidos, acosados y atacados gratuitamente. Tendremos que sentirnos afectados por el mal que tantos hombres de Iglesia, pastores como nosotros, pastores de nuestra Iglesia, han hecho traicionando confianzas, violando dignidades y marginando al silencio con la falta de atención y de escucha. Pero sólo con eso no se recuperará la credibilidad perdida. La profunda renovación de nuestras vidas y de nuestra dedicación ministerial, y la búsqueda permanente de la coherencia en la vida de nuestros fieles y nuestras comunidades cristianas será la verdadera ruta de salida de esta situación. Por nuestra parte tendremos que revisarnos personalmente e intensificar nuestra cercanía al Buen Pastor y nuestra cercanía e interés a los fieles y a sus problemas, y revisar e intensificar nuestra entrega como el Buen Pastor dando la vida en la dedicación continua a cuantos nos necesitan.

Aunque muchos no quieren verlo, debemos dar gracias a Dios por la entrega silenciosa y constante de la inmensa mayoría de los pastores de la Iglesia. Aprovecho siempre esta jornada y esta ocasión de la Misa Crismal para bendecir a Dios y agradecer a ustedes, mis hermanos Presbíteros, desde lo más profundo de mi corazón el servicio diario de cercanía, presencia y entrega, a veces tan complicado por el descenso del

número y las dificultades objetivas de nuestra tarea. Hoy suplico para todos nosotros que la Fidelidad de Cristo Sacerdote se refleje con fuerza en la fidelidad de nuestro ministerio y de nuestras vidas, y que el Espíritu que ungió a Jesús, Sumo Sacerdote, nos llene particularmente de su fortaleza y de su alegría. Que esta acción de gracias y esta oración y súplica por los pastores de la Iglesia sea frecuente motivo de plegaria de cada uno de nosotros y de nuestras comunidades.

En este año estamos viviendo la gracia del Año Sacerdotal promovido por el Santo Padre Benedicto XVI. Al principio del año pastoral, en aquella pequeña carta que les dirigía para ofrecerles el conjunto de los documentos del Papa sobre esta celebración, les indicaba un acento que me parecía constituir el núcleo de la invitación pontificia, y que me gustaría repetir una vez más, porque me sigue pareciendo algo muy importante que debemos reflexionar con todo interés: *“pidamos al Señor Jesús la gracia de aprender también nosotros el método pastoral de san Juan María Vianney. En primer lugar, su total identificación con el propio ministerio. En Jesús, Persona y Misión tienden a coincidir: toda su obra salvífica era y es expresión de su “Yo filial”, que está ante el Padre, desde toda la eternidad, en actitud de amorosa sumisión a su voluntad. De modo análogo y con toda humildad, también el sacerdote debe aspirar a esta identificación. Aunque no se puede olvidar que la eficacia sustancial del ministerio no depende de la santidad del ministro, tampoco se puede dejar de lado la extraordinaria fecundidad que se deriva de la confluencia de la santidad objetiva del ministerio con la subjetiva del ministro”*.¹

A esta confluencia e identificación entre lo que se hace objetivamente en el ministerio, por la acción eficaz del Espíritu, y lo que nuestras vidas expresan y manifiestan, llamaba yo en el Retiro Cuaresmal: *Recuperar la ética*, aplicando el tema a la Eucaristía. La ‘acogida del don de Dios’ que vivimos en la Eucaristía tiene para nosotros, Sacerdotes y Obispos, una gracia y una exigencia ética inconfundibles.² **En La Eucaristía Cristo hace presente su entrega y nos entrega su presencia.** Pone ante nosotros y ante la Iglesia y por nuestra acción ministerial la entrega de su vida, su sacrificio al Padre por la salvación del mundo. Y obrando así nos entrega, pone en nuestras manos su presencia, se pone en nuestras manos presente y cercano, a todos y en especial a nosotros. Somos sus ministros y pastores de la comunidad en su nombre, sacramentos de su presencia y de su entrega, epifanía y transparencia suya.

*“En su realidad objetiva –decía la Exhortación Pastores Dabo Vobis- el ministerio sacerdotal es *amoris officium+, según la expresión de San Agustín. Precisamente esta realidad objetiva es el fundamento y la llamada para un ethos correspondiente, que es el vivir el Amor, como dice el mismo San Agustín: *Sit amoris officium pascere dominicum gregem+. Este ethos, y también la vida espiritual, es la acogida de la *verdad+ sacerdotal como *amoris officium+ en la conciencia y en la libertad, y por tanto en la mente y el corazón, en las decisiones y las acciones.*³ La gran pregunta que podemos y debemos formularnos una y otra vez es si amamos real y auténticamente a nuestras comunidades y a todos los que las componen. Es importante y

¹ Benedicto XVI, Carta para la convocación de un Año Sacerdotal con ocasión del 150 Aniversario del *Dies Natalis* del Santo Cura de Ars, 16 de Junio de 2009.

² La relación entre Eucaristía y moral es objeto de unas bellísimas e importantes reflexiones en la Exhortación *Sacramentum Caritatis* de Benedicto XVI; véanse en particular los números 83 y 84.

³ PDV 24

puede resultar muy iluminador preguntarnos si nuestras comunidades, nuestros feligreses se saben y se sienten amados por nosotros como pastores.

Y no se trata de jugar infantilmente con el amor como sentimiento o como acumulación de palabras o gestos superficiales, sino del amor como opción profunda de todo el ser que se traduce, como indicábamos arriba inspirándonos y fijándonos en la Eucaristía, en Presencia y en Entrega.

El *'amoris officium'* que constituye el alma del apacentar la grey del Señor, fundamenta un **Ethos de Presencia**: que la gente nos encuentre, y que nos encuentre donde tiene que encontrarnos y cuando tiene que encontrarnos. Que nuestros catequistas, o en general los agentes de pastoral, no nos encuentren ausentes, sino que se sientan y sean acompañados ante una tarea que para ellos es especialmente difícil, más que para nosotros. No nos debe servir ni el argumento –que es cierto-, de que los seculares son adultos que hay que tratar como tales, ni la necesidad de dedicar muchas horas al ordenador o al Internet. Nada sustituye y nada esperan más de nosotros que el encuentro personal. Estamos construyendo –es cierto que a veces movidos por la necesidad- una pastoral de atención a grupos o a comunidades, que puede dejar sin atención a cada persona que necesita una luz o una ayuda. Y para el encuentro personal, que la gente nos encuentre en el Confesonario.

El *'amoris officium'* que constituye el alma del apacentar la grey del Señor, fundamenta un **Ethos de Entrega**: que la gente reciba el regalo de nuestro tiempo, de nuestro interés, de nuestra cercanía e identificación con su situación, su problema, su alegría, su desesperanza, su extravío. Siempre me ha resultado llamativo, pero muy hermoso, que *Pastores Dabo Vobis*, al tratar de la obediencia del Sacerdote, la califique, entre otras caracterizaciones, como obediencia pastoral: *“la obediencia sacerdotal – dice- tiene un especial «carácter de pastoralidad». Es decir, se vive en un clima de constante disponibilidad a dejarse absorber, y casi «devorar», por las necesidades y exigencias de la grey. Es verdad que estas exigencias han de tener una justa racionalidad, y a veces han de ser seleccionadas y controladas; pero es innegable que la vida del presbítero está ocupada, de manera total, por el hambre del Evangelio, de la fe, la esperanza y el amor de Dios y de su misterio, que de modo más o menos consciente está presente en el Pueblo de Dios que le ha sido confiado.*⁴

Nuestra vida de pastores debe pues estar animada por este principio: hacer presente a las gentes nuestra entrega, y entregarles nuestra presencia. Así nuestra existencia toda adquiere su específica *'forma eucarística'*, que se alimenta y nutre en la celebración diaria, atenta y cuidada de la Santa Misa, que *“es formativa en el sentido más profundo de la palabra, pues promueve la conformación con Cristo y consolida al sacerdote en su vocación”*.⁵ Si toda nuestra vida está en las manos del Buen Pastor, pues a Él nos entregamos para hacerle presente el día de nuestra Ordenación –hoy felizmente renovamos esa entrega-, que toda nuestra vida esté en manos de los hombres, a los que Él nos envía, y por los que Él se entregó totalmente.

He de confesar que soy el primero que no siempre me sitúo al alcance de los que me buscan y necesitan, y que mi entrega también es medida y parcial en ocasiones.

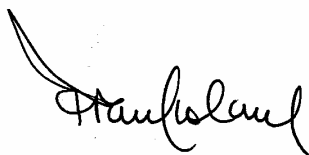
⁴ PDV 28

⁵ *Sacramentum Caritatis* 80

También por mí deben rezar, y también a mí pido que me perdonen, particularmente ustedes, hermanos Sacerdotes. En la misericordia de Dios confío para que me ilumine y fortalezca con mayor entrega y mayor presencia.

Que el Espíritu del Señor Jesús, que hoy invocamos sobre el Crisma y los Oleos, nos conceda a todos esta *conformación con Cristo* en la dedicación pastoral, y en especial nos conceda algo que necesitamos singularmente, el **don de fortaleza**, como capacidad de encaje de las adversidades y críticas, firmeza en las convicciones y en los comportamientos, e identificación sólida en la doctrina y en la comunión eclesial.

Que el Señor nos bendiga con su amor y nos llene de amor mutuo.

A handwritten signature in black ink, appearing to read "Hans-Joachim". The signature is written in a cursive style with a large, sweeping initial letter.